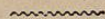


ASCLEPIGENIA



DIÁLOGO FILOSÓFICO-AMOROSO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

ASCLEPIGENIA

DIÁLOGO FILOSÓFICO-AMOROSO

LA ESCENA ES EN CONSTANTINOPLA. SIGLO V DE LA ERA CRISTIANA.

Habitacion de Proclo. Es de noche. Una lámpara de siete mecheros, puesta sobre un tripode ó candelabro de bronce, ilumina la estancia. Puertas al fondo y á los lados.

ESCENA I.

PROCLO, de edad de cincuenta años, seco, escuálido, consumido por viglias, ayunos, estudios y mortificaciones, aparece sentado en un sitial. Su discípulo, MARINO, está de pié, junto á él.

MARINO.—¡Maestro! ¿Estás decidido á recibir esta noche?

PROCLO.—Lo estoy. En cualquiera otra ciudad podría yo excusarme: en Byzancio no, que es mi patria. ¿Cómo privar á mis paisanos del auxilio y consuelo de la sabiduría?

MARINO.—Difícil es; pero debieras reposar y cuidarte. Estás que pareces el espíritu de la golosina,

de puro desmedrado. Te vas á matar con tantos afanes.

PROCLO.—Lléveme el cuerpo donde quiero ir, y luégo que muera.

MARINO.—Me afliges al decir eso. ¿Qué haré yo sin ti en este mundo? Pero dime, y perdona mi atrevida curiosidad; los que vienen á consultarte hablan siempre á solas contigo: no extrañes que note una contradiccion...

PROCLO.—Dí cuál es, y te demostraré que es aparente.

MARINO.—¿No afirmas tú que se requieren largos preparativos ántes de comunicar la sabiduría? ¿Qué revelas entónces á los que te consultan?

PROCLO.—No toda la verdad, cuyo resplandor los cegaría, sino algo de la verdad, velado en símbolos. Así el sol se vela entre nubes, á fin de que ojos mortales puedan fijarse en su disco glorioso.

MARINO.—Veo que esta noche estás expansivo. ¿Me permites que te haga varias preguntas?

PROCLO.—Haz las que se te antojen. Si me es lícito, contestaré.

MARINO.—Pues con tu vénia: ¿qué nos trae aquí desde el fondo del Asia, donde estabas estudiando los más oscuros ritos y misterios del Oriente, y desentrañando su oculto sentido? ¿Es capricho de tu alma ó mandato de un númen?

PROCLO.—Hace ya años que mi alma no tiene caprichos. Es mandato de un númen.

MARINO.—¿Puedo saber de cuál?

PROCLO.—De Vénus Urania.

MARINO.—¿La evocaste?

PROCLO.—No la evoqué. Ya sabes tú que en el dia rara vez me tomo el trabajo de evocar á los númenes. Ellos mismos bajan del Olimpo y vienen á verme, enamorados de mi afable trato. Es verdad que en la escala de la vida ocupo lugar inferior al de ellos. Si quiero elevarme á la inteligencia y á la causa soberanas, á traves de todas las manifestaciones corpóreas de su omnipotencia, tengo primero que subir por mil grados hasta llegar á dichos númenes, y aún despues, desde los númenes hasta el manantial inextinguible de lo celeste y terrenal, del espíritu y la naturaleza, hay una peregrinacion harto penosa. Por dicha, yo tengo un atajo, una trocha, un sendero recóndito y breve, por donde llego, no ya á la inteligencia y á la causa, sino más hondo: por donde llego al Uno. Me abstraigo de todo lo exterior; echo á un lado sentidos y potencias; borro imágenes de la fantasía; cubro con niebla densa todo lo escrito en la memoria; y, hundiéndome en el abismo del alma, hallo al que es. Allí nos juntamos él y yo. Allí él y yo no somos más que el Uno. De este modo se explica que, siendo yo simple mortal, sea tan considerado por los dioses. En la ligereza de carácter, propia de la serena beatitud de ellos, no caben estas reconcentraciones poderosas de la mente que me llevan al Uno. Ya te lo he dicho mil veces: por el principio vital, que gobierna mis sentidos, no valgo más que un perro; por el alma racional me quedo por bajo de las divinidades olímpicas; mas por la inteligencia especulativa é intuitiva, llego al Uno y dejo muy detras de mí á los ángeles, á los demonios, á los genios y á los númenes. Por la unidad esencial que en

mí hay, y de la cual hasta la inteligencia es emanado atributo, soy el Uno mismo. El Uno soy yo en los instantes dichosos de entusiasmo, de conjunción y de éxtasis.

MARINO.—Por Hércules vivo, maestro, que me lleno de envidia siempre que te oigo afirmar esa unión, por la cual te pones en el Uno ó te identificas con el Uno. Se me ocurre, no obstante, cierta dificultad.

PROCLO.—Explánala y te la resolveré.

MARINO.—¿Por qué, si hallas al Uno, hundiéndote en el abismo del alma, te allanas á buscarle en la naturaleza? ¿Por qué no estás siempre reconcentrado y como viviendo en la eternidad?

PROCLO.—Para imitar al propio Uno. Porque el Uno y yo, además de ser el Uno, somos el Bien. Es nuestra ley no quedar en el centro, absortos en el absoluto egoísmo y en la inefable contemplación de nuestra esencia. Tenemos que salir fuera á crear y mostrarnos activos. De él y de mí emanan la voluntad, la inteligencia y la palabra, y ellas crean el mundo. Desenvuelve el Uno su idea, y van apareciendo el sér, la vida y la armonía y el movimiento, y cuanto es y será. Desenvuelvo yo mi idea, y nacen el arte, las religiones y la ciencia. Y la creación del Uno y mi creación se compenetran y confunden y vienen á ser la misma. ¿Me entiendes ahora?

MARINO.—Me pasmo de tu claridad. Con sobrada razón mereces apellidarte el sumo pontífice de todas las creencias, el gran ciudadano de todas las repúblicas y el archi-metafísico de todas las metafísicas. No, Proclo, tú no eres un mortal.

PROCLO.—En la esencia no lo soy. En la esencia

soy eterno. Considerado en mi unidad, vivo en la eternidad primitiva: esto es, en un punto inmóvil, en el cual toda la duración infinita de los siglos se halla parada, cifrada y reconcentrada. Considerado en el ápice de mi mente, en la inteligencia, vivo en la eternidad secundaria; torrente de las existencias sucesivas, perpetuo tránsito, movimiento sin término, carrera sin meta, mudanza y proceso que no acaban.

MARINO.—Y dime, maestro, el sacrificio que sin duda haces al salirte del Uno y penetrar con la mente y con el discurso y con el afecto en este universo visible, ¿qué principal propósito lleva?

PROCLO.—Lleva varios propósitos; pero el principal es de la mayor transcendencia. La ley divina que sigue la historia me ha suscitado en el tiempo debido para una función importantísima. Mi espíritu toma carne hácia el fin de la civilización antigua para comprenderla toda en conjunto armónico. El genio de la Grecia, con sus castizas ó peculiares creaciones, con los sueños de sus poetas desde Lino y Orfeo hasta ahora, con su pensamiento filosófico desde Pitágoras hasta Jámblico, con los descubrimientos de sus matemáticos, astrónomos y físicos, y con las enseñanzas arcanas de Samotracia y de Eleusis; el genio de la Grecia, con los despojos opimos que trajo de Egipto, de Persia y hasta de la India, después de las conquistas del Macedon; todo este trabajo, toda esta aglomeración de doctrinas, experimentos y especulaciones, han venido á fundirse en mi cabeza como en horno ó crisol candente. Ya fundido todo, he desechado la escoria por los bríos de mi virtud crítica, y he guar-

dato sólo el metal limpio y puro. Por último, por otra virtud plasmante que hay en mí he vaciado ese metal como en un molde, y he sacado á luz el resplandeciente y completo sistema de la antigua sabiduría. Los pueblos del Norte acabaron ya con el imperio de Occidente. El imperio de Oriente sucumbirá también. Pronto vendrá la barbarie. Las tinieblas de la ignorancia cubrirán el mundo. Yo seré, desde entonces hasta que aparezca la aurora de una nueva y tal vez más rica civilización, faro luminoso que alumbrará y guíe al humano linaje.

MARINO.—Reconozco la importancia de tu vida y de tus obras. Pero, concretándonos al caso singular de tu venida á Byzancio, ¿qué es lo que á ello te mueve?

PROCLO.—Muéveme amor.

MARINO.—¿Amor de patria? ¿Amor de gloria?

PROCLO.—Amor de una mujer.

MARINO.—¡De una mujer! Me dejas turulato. ¿Quién había de suponer que pensabas en tales cosas?

PROCLO.—No hay motivo para que te quedes turulato. ¿Qué tiene de absurdo que yo ame á una mujer? La amo desde que la vi: desde hace quince años. Ella tenía entonces diez y siete. Hoy tiene treinta y dos. Entonces era como capullo de rosa: hoy debe de brillar con toda la pompa y el esplendor de la hermosura, en la plenitud de su vida. Claro está que si yo estuviese siempre reconcentrado en el Uno, no la amaría; pero, volviéndome, y no puedo menos de volverme, al mundo exterior, ¿qué hallaré en todo él que represente mejor al Bien y al Uno mismo? ¿Qué imagen, qué trasunto, qué destello de la belleza

increada descubrirá el sabio que valga más que la mujer hermosa? Cuando el artista quiere representar á la ciencia, á la poesía, á la virtud, ¿no les da forma de mujer?

MARINO.—Es cierto.

PROCLO.—No debes, pues, maravillarte de que yo ame en esta mujer á la ciencia, á la poesía y á la virtud con forma visible.

MARINO.—Ya no me maravillo. ¿Y puedo saber cómo se llama tu amada?

PROCLO.—Se llama Asclepigenia. Es la hija de mi maestro Plutarco. Ya te he dicho que la conocí quince años há. La conocí en Atenas. Plutarco me acabó de enseñar la filosofía. Asclepigenia me inició en los misterios caldeos, en los ritos de las orgías sagradas y en los procedimientos más eficaces de la teurgia. Desde entonces estamos ella y yo ligados por amor espiritual y sublime. Su gallardo y lindo cuerpo ha sido sólo para mí como dorada nube, donde se me aparecía, en reflejos fugitivos, el sol eterno: toda la perfección del Sér.

MARINO.—Nobilísima manera de amar fué la tuya... ¿Y ella, cómo te amaba?

PROCLO.—Me amaba también con el alma y andaba enamorada del alma mía.

MARINO.—¿Y por qué te separaste de ella?

PROCLO.—Por mil razones. Ni ella ni yo queríamos contaminar la pureza del amor que para siempre nos une. Ambos anhelábamos seguir sin tropiezo el camino ascendente que hacía el bien y hacía la luz nos encumbraba. Eramos demasiado jóvenes. No estábamos aún á toda la altura á que nos importaba estar.

Decidimos, pues, separarnos por amor de nuestro mismo amor. Prometimos reunirnos cuando ya no hubiese peligro alguno. Vénus Urania me ha revelado que ya no le hay, y por eso vengo en busca de Asclepigenia.

MARINO.—Notable revelacion estuvo. No hay más que verte, maestro, para conocer que no estás peligroso.

PROCLO.—Tienes razon que te sobra.

MARINO.—La fama ha difundido, por esta gran capital, que la honras con tu presencia y que recibirás en consulta á tres personas cada noche. Por medio del senador Marciano, á fin de que la casa no se te llene de gente, han sido repartidos los billetes de entrada. Pronto irán llegando por su órden los que vienen hoy á verte. Tus siervos los detendrán en la antesala. Yo los conduciré luégo hasta ti.

PROCLO.—Aunque Marciano profesa la religion de Cristo, es muy amigo mio y se parece á mí en muchas cosas. Ama á la vírgen emperatriz Pulqueria, como yo amo á la hija de Plutarco. Marciano, que pronto va á cumplir doce lustros, dos más que yo, dicen que se casará con Pulqueria, con quien ha de compartir, en honestidad santísima, el trono y el imperio de Oriente. Del mismo modo, Asclepigenia compartirá conmigo el trono y el imperio de la filosofía. Pero oigo ruido en la antesala. Vé y mira si ha venido alguien.

(Sale Marino y vuelve un instante despues.)

MARINO.—¡Maestro! el primero que acude á consultarte es un bellissimo y elegante mancebo, llamado Eumorfo. Nadie se viste con tanto lujo y primor,

nadie monta mejor á caballo, nadie baila con tanta gracia y gallardía. Por estas y otras prendas es el encanto de las damas más encopetadas.

PROCLO.—¿Qué pretenderá de mí ese pisaverde? Dile que pase adelante.

ESCENA II.

PROCLO y EUMORFO, á quien Marino acompaña, yéndose luégo.

EUMORFO.—Abismo del saber, lucero de la filosofía, archivo de todas las noticias divinas y humanas...

PROCLO.—Amable mancebo, déjate de lisonjas y dí lo que pretendes.

EUMORFO.—Pretendo que me ilustres un poco.

PROCLO. (Con cierto desden.)—¿Y para qué?

EUMORFO.—No me desdeñes así. Confieso que no tengo por las ciencias la vocacion más decidida. Á ti, que todo lo penetras, ¿cómo he de intentar engañarte? Pero, francamente, mis chistes y agudezas, mis habilidades, mis talentos de sociedad, todo queda deslucido sin algo de filosofía. La filosofía se ha puesto en moda entre las señoras de los círculos aristocráticos, á quienes sirvo, pretendo y tal vez enamoro. Me falta este charol; dámele, y seré irresistible.

PROCLO.—Aunque es vulgar, mezquino y un tanto cuanto pecaminoso el fundamento de tu deseo, tu deseo es bueno en sí, y me decido á satisfacerle; pero la empresa es ardua. Por más que no quieras tomar sino una ligerísima tintura, necesitas varias lecciones:

necesitas asimismo consagrar á mi servicio y asistencia un par de horas diarias, á fin de que vayas recogiendo sentencias de las que se escapan de mis labios muy á menudo.

EUMORFO.—Consagraré á tu servicio y asistencia ese par de horas diarias que dices.

ESCENA III.

DICHOS, MARINO.

MARINO.—Una dama, que, si bien envuelta en velo argentino, deja traslucir que está dotada de majestuosa hermosura; una dama, cuyo traje de seda y cuyas joyas riquísimas manifiestan lo elevado de su clase, acaba de bajar de una silla de manos y se halla en la antesala aguardando que la recibas. Parece una diosa por el ritmo y la nobleza de su andar entonado y por el olor de ambrosía con que satura en torno el ambiente. ¿Le digo que aguarde?

EUMORFO.—¡Venerando maestro! La galantería exige que recibas luego á esa dama. Yo aguardaré en otro cuarto.

PROCLO.—Bien está. (Señalando á Eumorfo la puerta de la izquierda.) Entra en aquel. (A Marino.) Dí á la dama que no se detenga.

(Vanse Eumorfo y Marino.)

ESCENA IV.

PROCLO, ASCLEPIGENIA.

(Eumorfo asoma la cabeza de vez en cuando, ve, escucha y hace gestos de asombro durante toda esta escena.)

PROCLO.—¡Deslumbrante aparición! ¿Quién eres?
¿Eres mortal ó diosa?

ASCLEPIGENIA. (Alzando el vélo y descubriendo el rostro.)—
¿No me reconoces, Proclo?

PROCLO.—¡Asclepigenia de mi corazón! ¡Cuán bella estás! Como el medio día vence al albor de la mañana, tu beldad de hoy vence á la beldad con que hace quince años resplandeciste en Atenas. No dudo que tu alma se habrá mejorado y hermosado también.

ASCLEPIGENIA.—No lo dudes. También mi alma se ha mejorado y hermosado.

PROCLO.—Sea mil veces enhorabuena. ¿Y de quién es tu alma?

ASCLEPIGENIA.—En su unidad es del Uno. En todas sus facultades, virtudes, potencias y demás atributos, es siempre tuya.

PROCLO.—¿Conque me amas?

ASCLEPIGENIA.—Te amo. Apenas supe que estabas aquí, he venido á buscarte.

PROCLO.—Ya no hay peligro.

ASCLEPIGENIA.—Lo veo.

PROCLO.—¿Viviremos juntos?

ASCLEPIGENIA.—¿Y por qué no? Poseo un magnífico

palacio donde albergarte. Serás mi filósofo. Contigo, por medio de la contemplación, en alas del entusiasmo y del amor sin mácula, me arrobaré, me extasiaré y me perderé en el Uno.

PROCLO.—Así sea.

ASCLEPIGENIA.—Ahora tengo que dejarte. No puedo faltar esta noche en mi palacio, donde aguardo visitas. Vé a instalarte allí desde mañana.

PROCLO.—No aspiro a otra cosa.

ASCLEPIGENIA.—Como supongo que no te habrás venido sin los utensilios de tu profesión, mis criados se presentarán aquí con un carronato para la mudanza de todos los libros y trastos de hacer milagros, hablar con los muertos y atraer a los genios y demonios.

PROCLO.—Eres mi providencia terrenal. ¿Cómo pagar tanto cuidado?

ASCLEPIGENIA.—Amándome.

PROCLO.—Con el alma toda.

ASCLEPIGENIA.—Para despedida, te permito que me des un casto beso en la frente.

PROCLO. (Besándola con timidez respetuosa).—Es la vez primera que la tocan mis labios. ¡Cuán regalado favor!

ASCLEPIGENIA.—¡Adios, amadísimo Proclo! (Váase.)

ESCENA V.

PROCLO, EUMORFO.

EUMORFO.—¿Sabes lo que digo, maestro?

PROCLO.—Dí, y lo sabré. No quiero tomarme el trabajo de adivinar tus pensamientos.

EUMORFO.—Pues digo que se me van quitando las ganas de estudiar filosofía.

PROCLO.—¿Y por qué?

EUMORFO.—Porque la filosofía vuelve tonto a quien la estudia.

PROCLO.—Te equivocas. Lo que hace la filosofía es reforzar las prendas que cada uno tiene. Al tonto no le vuelve discreto, ni al discreto tonto; pero al discreto le hace discretísimo, y al tonto tontísimo.

EUMORFO.—Salvo el merecido respeto, te declararé entónces que tú propio te condenas.

PROCLO.—¿De qué suerte?

EUMORFO.—Porque mostrándote ahora tontísimo con toda tu filosofía, debiste de ser tonto en tu vida precientífica: tonto de nacimiento.

PROCLO.—¿Y qué prueba he dado yo de esa tontería superlativa de que me acusas?

EUMORFO.—La prueba es tu amor sublime por Asclepigenia.

PROCLO.—¿Qué sabes tú de eso?

EUMORFO.—Conozco a Asclepigenia muy a fondo.

PROCLO.—Te alucinas. Quiero dar por supuesto que conoces las potencias de su alma, las cuales, en

su efusion, han creado para ella un cuerpo tan hermoso; pero la esencia eterna de esa alma misma, que es lo que yo amo y por lo que soy amado, está en un punto inaccesible para ti.

EUMORFO.—¿Consientes que me valga de un símil?

PROCLO.—Valte de cuantos símiles se te ocurran.

EUMORFO.—¿Quién es más dueño del mundo, la emperatriz Pulqueria que le gobierna, ó tú que le comprendes?

PROCLO.—Yo, que le comprendo. Aunque Pulqueria poseyese, no ya sólo este planeta que habitamos, sino todos los demás planetas, y los astros, y los cielos, no poseería más que un burdo remeio del Universo, tal como el Demiurgo le contempla en el Paradigma, ántes de sacar la copia ó el traslado. Pero me inclino á sospechar que eres un majadero, y que no entiendes ni entenderás jamás estas cosas.

EUMORFO.—No te sulfures, maestro. Si yo no entiendo esas cosas, entiendo otras más fáciles y agradables de entender. Asclepigenia tendrá quizá su Demiurgo y su Paradigma misteriosos que tú entiendes y posees; pero sus cielos, sus planetas y sus estrellas, son míos desde hace algunos meses.

PROCLO.—Qué palabra dijiste?

EUMORFO.—Dije que Asclepigenia filosofa contigo; que contigo no quiere ni quiso nunca peligrar; pero que conmigo no hay peligro que no arrostre.

PROCLO.—Por las divinidades superiores é inferiores, que en larga serie proceden del Uno, confieso que me duele lo que acabas de descubrirme. Sin embargo, todo se explica satisfactoriamente dentro de mi sistema. Las cosas son como son; y no pueden ser

mejores de lo que son, porque, como son, son perfectas segun su grado.

EUMORFO.—Consuélate con ese trabalengua.

PROCLO.—¿Y por qué no consolarme? Asclepigenia y yo, con el libre albedrío de nuestras almas, dispusimos amarnos, y nos amamos y seguimos y seguiremos amándonos eternamente, ayudados del favor divino, que acude á nosotros en virtud de la plegaria. Contra esto nada puedes tú; nada pueden tus iguales. Hay, á pesar de todo, en la efusion de las potencias del alma, algo de corpóral que está sujeto al hado. Esto es lo que he perdido en Asclepigenia. La fatalidad me lo roba. El libre albedrío de ella no ha sido bastante brioso para defenderlo con heroicidad. Pero la discordia entre el libre albedrío y el hado será al fin dominada por la Providencia, la cual lo purificará todo, reduciéndolo á la celestial y maravillosa armonía, que casi toca y se confunde con el Uno *hiperhipostático*.

EUMORFO.—Tu discurso suena tan peregrino en mis profanas orejas, que me induce á creer ó que eres un prodigio de prudencia semi-divina, ó que estás loco de atar.

ESCENA VI.

DICHOS, MARINO.

MARINO.—Un respetable anciano pide permiso para entrar á hablarte. Se llama Crematurgo. Es el más rico capitalista del imperio. Ha hecho del modo más